

*El cine llegó a Cuba en 1897
y en ese mismo año se filmó
su primera película*

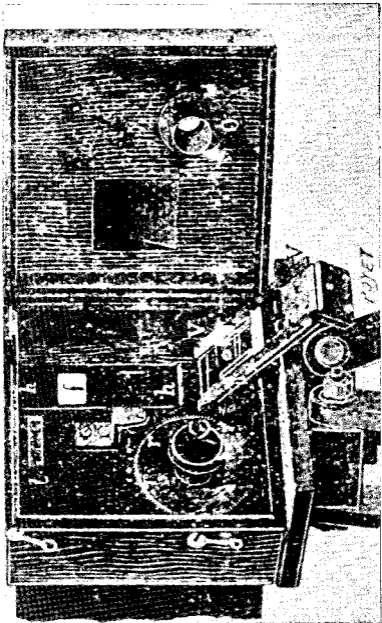
Mesié Veyré, un francés, lo trajo y él mismo filmó también aquel primer corto de un minuto de duración

EN PARÍS el día 28 de diciembre de 1895, los hermanos Auguste y Louis Lumière presentaban ante un público escaso pero entusiasta la primera exhibición de un invento trascendental: el cinematógrafo.

Aquella *première* tuvo lugar en los sótanos realquilados del Grand Café, que estaba situado en el Boulevard des Capucins, casi en el corazón de la capital de Francia.

Hasta aquella fecha se habían patentado más de docena y media de sistemas de proyección, fija y móvil. En ocasiones resultaban ingeniosos y entretenidos, pero no pasaban de ser admiración de pequeños grupos más o menos distinguidos. Entretenimientos que, salvo detalles, podían recordar las ya anacrónicas siluetas de los comienzos del siglo XVIII.

Pero la fotografía resultaba ya casi valetudinaria, y era necesario darle vida y no triste estabilidad como hasta aquella fecha había sufrido. El multifacético Edison había logrado algo. Otros inventores más ingeniosos que prácticos, se habían ido acercando un poquito más al ideal de la fotografía en movimiento. Los Lumière parecían haber dado en el clavo. Nadie hasta ellos había conseguido una tan acertada reproducción del movimiento y



la vida. Un arte y un medio masivo de expresión estaba naciendo ante los ojos más sorprendidos que atónitos, que salían del espectáculo del Grand Café. El cine había nacido.

Su repercusión en el mundo fue asombrosamente rápida. Varios concesionarios improvisaron de la noche a la mañana aparatos de proyección del sistema Lumière y se diseminaron por los cuatro confines del planeta.

El aparato primitivo era sencillísimo: un juego de lentes, una manigueta para hacer girar la brevísima película, un sistema de iluminación que proyectara ésta sobre un telón poco mayor que una sábana blanca... y pare usted de contar.

Las películas aún no hablaban, ni siquiera se les había ocurrido a los inventores dar explicaciones en textos también filmados de lo que estaban viendo los espectadores. En los primeros momentos fue necesario que alguna persona—el explicador—se pusiera cerca del telón o frente al mismo, y con cierta potencia de voz, fuese explicando a la concurrencia de qué se trataba en el filme. Luego, un pianista mal pagado llenaría los silencios del «parlante»—como se le llamó en algunos países de habla española—o aquellos que la incipiente mecánica del cine obligaba guardar mientras se cambiaba película por película.

Al hacer un primer reparto de concesiones exclusivas, los hermanos Lumière no dejaron al margen a nuestro país, pues aunque entonces todavía se hallaba en la nómina de los países coloniales, en Francia se sabía que los mambises estaban a punto de lograr la victoria por las armas, y que con esa victoria vendría una independencia que lo situaría entre los buenos clientes con que pensaban contar en este continente.

Concesionario para la introducción del cinematógrafo Lumière en Cuba fue un francés, con la mayor apariencia de francés que un francés pudiera tener. Tal como era ne-

cesario que lo fuese el que iba a presentar a los cubanos un espectáculo tan francés como resultó ser el cine en sus primeros decenios.

En La Habana, con anterioridad a la llegada del concesionario de los Lumière se habían ido presentando más de media docena de espectáculos de proyección. Desde los lejanos «dioramas» y «panoramas», y las mucho más lejanas «siluetas», hasta las más recientes «vistas fijas», resultado ya de la evolución y desarrollo de la fotografía. Resultaban espectáculos curiosos, no cabe duda, pero incapaces de despertar ninguna clase de entusiasmo entre los espectadores, un tanto decepcionados la mayor parte de las veces.

Unos pocos meses antes de la llegada a La Habana del representante de los Lumière se había empezado a mostrar un espectáculo casi gemelo del francés. Se trataba del «kinetoscope», recientemente inventado por Edison y que, pese a cierto éxito inicial, no pudo hacer sombra al cinematógrafo.

Más de la mitad de La Habana y una buena parte de la enorme guarnición que los españoles mantenían en la capital de la Isla, habían aplicado sus ojos a los oculares del aparato mientras hacían desfilar sus vistas iluminadas accionando una manivela. Una serie de vistas, en blanco y negro y en color, hicieron desfilar ante el asombro de estos espectadores lejanos países, asombrosos paisajes y bellezas yanquis que corrompían la moral de los habaneros al mostrarles sus piernas hasta la rodilla...

La mayor parte de estos espectáculos, de pasajero éxito y no muy abundante concurrencia, refugiaban su lánguida existencia en pequeños barracones que proliferaban en los alrededores del teatro Tacón, en la acera donde hoy se halla el García Lorca o en sus proximidades.

A dos puertas del teatro Tacón, entre este y el próximo cuartel de bomberos que se hallaba a su derecha,



Gabriel Veyré, el francés que trajo el cine a Cuba.

abrió sus puertas el primer espectáculo cinematográfico que hubo en Cuba. Ocupaba, más o menos, la mitad del espacio que hoy ocupa el vestíbulo del actual teatro García Lorca, en el local que entonces llevaba el número 126 del Paseo del Prado, de acuerdo con la numeración antigua.

Se trataba de un espacio largo y estrecho, donde a más caber podrían sentarse de setenta a ochenta espectadores. Pero *mesié* Gabriel Veyré, el ciudadano francés que trajo el cinematógrafo Lumière a Cuba, no halló dificultades en mantenerlo atestado de público durante las sucesivas tandas en que lo ofreció y los días en que las circunstancias le permitieron explotar en La Habana el sensacional espectáculo.

El representante de los Lumière había llegado a La Habana el día 15 de enero de 1897. Alquiló el lugar que dejaba vacante —por fracaso— una llamada Exposición Imperial. Adquirió unas cuantas docenas de sillas, realizó las obras pertinentes para lograr cierta velada oscuridad en la sala, y el día 23 dio una muestra de su espectáculo a las autoridades y a la prensa.

En el *Diario de la Marina* del día 24 de enero de 1897, se anunciaba:

Esta noche abre el Cinematógrafo Lumière en el Parque Central, al lado del Teatro Tacón... Anoche, en la prueba del mencionado espectáculo, se exhibieron preciosas vistas de movimiento, siendo las más celebradas el desfile de un escuadrón de coraceros, la tempestad en el mar, el ferrocarril en marcha, la Puerta del Sol de Madrid y la que representa la llegada del zar a París.

Y comercialmente, advertía que las funciones se efectuarían en tandas de media hora, desde las 6:30 hasta las 11:30 de la noche. En otro lugar señalaba que la entrada

costaría cincuenta centavos a todas las personas mayores, y se rebajaría a veinte centavos a los niños y militares sin graduación.

Los cortos —cortísimos— que más gustaron no fueron los que reseñó el *Diario de la Marina*, sino las primitivas películas con que debutó en París el cinematógrafo de los Lumière «El regador regado», «La partida de naipes», «La salida del tren» y sobre todo «El sombrero cómico».

Mucho gustó una primera película de «bañistas» que no duraba mucho más de dos minutos. Y, para dar gusto a las autoridades locales, Veyré aumentó un par de películas filmadas en España: «Infantería española en vivac» y «Artillería española en combate».

El primer día de proyección, en sus diez tandas pasaron por la sala cerca de un millar de espectadores. Los beneficios del empresario francés se acercaron a los cuatrocientos pesos. La gente salió entusiasmada, muchos volvieron a entrar para repetir el espectáculo. La prensa, salvo señalar que el precio resultaba alto y que el salón entre lo cerrado y lo lleno resultaba muy caliente, no fue menos entusiasta. El diario *El País* del 25 de enero escribía:

El público gozó de lo lindo y aplaudió más y mejor las diferentes vistas que por sus ojos pasaron, llenas de movimiento y vida, con tal verdad que realmente parece que presenciamos las escenas realizadas en el instante que se tomaron las fotografías.

El 16 de marzo del propio 1897, cuando el negociante francés ya había logrado unos veinte mil pesos de ganancia con su novedoso espectáculo, hubo de cerrarse el Cinematógrafo Lumière a causa de un pequeño incendio que destruyó parte del mobiliario. Se inflamaron las sábanas mojadas sobre las que se proyectaban las películas, y transmitieron sus llamas a las sillas que formaban las primeras filas en el pequeño salón. Cundió una pequeña alarma entre los espectadores, y fue necesario dar una lechada en el techo y las paredes, debido al chamuscado de los mismos.

Con anterioridad a este pequeño contratiempo, *mesié* Veyré había filmado la que pudiéramos calificar como primera película del cine cubano. La ocasión y el tema lo proporcionó la actriz española María Tubau al formular el deseo de ver una maniobra del cuerpo de bomberos que tenía su cuartel en local paredaño al cine. Las autoridades españolas le concedieron este favor, y Gabriel Veyré aprovechó la oportunidad para tomar una película de estas maniobras —de un solo minuto de duración— en la que se ven a los bomberos de La Habana con sus arcaicos elementos y su nunca extinguido heroísmo. Aquella película, que se llamó «Simulacro de incendio», fue incluida en el programa del espectáculo de Veyré, y no fueron pocos los espectadores que acudieron de nuevo por verse a sí mismos o a algún conocido. La película fue filmada el día 7 de febrero de 1897, fecha que debe ser recordada cuando se quiera conocer la fecha inicial de la industria cinematográfica en Cuba.

El propio año 1897, al transformarse en cine el hasta entonces conocido como teatro Irijoa —hoy teatro Martí—, puede decirse que La Habana cuenta ya con un salón cinematográfico adecuado. Hasta entonces (10 de abril) el cinematógrafo se había refugiado en el saloncito improvisado en que lo hemos visto dar inicio en nuestro país.

Poco más de un año más tarde, al desaparecer el coloniaje español sobre la Isla, regresó de su exilio mexicano el actor cubano José E. Casasús. Debe apuntarse su nombre, pues fue el primer cubano que proyectó y filmó películas en Cuba. El primero también que llevó el cine a las ciudades del interior —para lo que se proveyó de una elemental planta de electricidad—, siendo asimismo el primero en iniciar lo que pudiera calificarse cine publicitario, puesto que por cuenta de la cerveza Hatuey dirigió y actuó en una película titulada «El brujo desaparecido», realizada en los últimos meses de 1898.

Con la república mediatizada, en 1902, surgiría el primer salón cinematográfico especialmente construido para tal: el Florodora, que se levantó en la Calzada del Ce-

ro, esquina a Palatino. En 1904, los empresarios Santos y Artigas empezaron el negocio de distribución de películas, generalmente francesas e italianas por aquellos años.

A principios del año 1911, el director de cine Enrique Díaz Quesada, en unión de los mencionados Santos y Artigas, construiría en la azotea de la casa número 356 (de entonces) de la Calzada de Jesús del Monte, el primer estudio cinematográfico cubano.

En los primeros tiempos, mientras los productores cinematográficos no se decidían a suplementar con rótulos la acción de las películas, hubo necesidad de echar mano a una especie de explicadores, que frente a la película—con cierta gracia imaginativa muchas veces—narraban al público los acontecimientos de la misma.

Luego, mientras llegaba el cine hablado, hubo empresario que alcanzó éxito colocando detrás de la pantalla un grupo de actores que, con cierta habilidad, mantenían el diálogo que la silenciosa película hacía suponer. Hubo algunos que, como José Iglesias y Cheo Valdés, alcanzaron más éxito en esta actividad que en sus anteriores actuaciones teatrales. A este tipo de actor se le llamó en Cuba «parlante».

El cine sonoro llegaría a Cuba al final de la tercera década de nuestro siglo, y la primera producción cubana de esta clase, salvo un corto comercial filmado a vía experimental, fue «Maracas y Bongó» que dirigiera Max Tosquella, y que con música de Neno Grenet, cantaran Yolanda González y Fernando Collazo.

Desgraciadamente, el cine cubano, nacido precozmente, no tuvo el desarrollo que se hubiese deseado. Hubo que esperar a que, tras el triunfo de la Revolución, el día 20 de marzo de 1959, se crease el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, con el que la cinematografía cubana ha llegado a tomar asiento en el mapa universal del séptimo arte.

**ALGUNOS TRABAJOS PARA CONOCER
LOS COMIENZOS DEL CINEMATÓGRAFO
EN NUESTRO PAÍS**

- AGRAMONTE, ARTURO. *Cronología del cine cubano*. La Habana, 1966.
- CANEL, FAUSTO. «Breve historia de un cine», en *Luzes de Revolución*. La Habana, 6 de febrero de 1961.
- COISSAC, MICHEL. *Histoire du Cinématographe*. París, 1925.
- MOTA, FRANCISCO. «Doce aspectos económicos de la cinematografía cubana», en *Luzes de Revolución*. La Habana, 6 de febrero de 1961.
- . «El cinematógrafo se inició en Cuba en 1897», en *Bohemia*. La Habana, 25 de enero de 1966.
- PIÑERA, WALFREDO. «57 años de cine en Cuba», en *Diario de la Noche*. La Habana, 22 de diciembre de 1953.
- RODRÍGUEZ ALEMÁN, MARIO. «Bosquejo histórico del cine cubano», en *Cine Cubano*. La Habana, año 4, n. 23-25.
- ROIG DE LECHSENRING, EMILIO. «La primera exhibición y producción cinematográfica en La Habana», en *Carteles*. La Habana, febrero de 1947.
- SOTO PAZ, RAFAEL. «El parlante Iglesias», en *Bohemia*. La Habana, 4 de enero de 1953.
- SPALDING, MARY M. «El primer cinematógrafo que hubo en Cuba», en *Carteles*. La Habana, 19 de enero de 1930.
- VALDÉS RODRÍGUEZ, JOSÉ M. «Trayectoria del cine en Cuba», en *Memorias de Arte y Literatura*. La Habana, mayo de 1950.